

tein y nombrara en su lugar «á un alemán, Estado y miembro del Imperio; el emperador, en vista de ello, reunió á los miembros de su Consejo, los cuales fueron de parecer de que se sacrificara al general, y en 13 de agosto anunció al Colegio electoral aquella determinación. En septiembre envió á Werdenberg y á Questenberg á Memmingen, en donde se hallaba entonces Waldstein, quien cedió, ora porque no se creyese en condiciones de poder resistir, ora porque previese que Fernando II volvería á llamarle, ora porque así se lo aconsejaran los astrólogos de que estaba rodeado.

Los representantes de Francia habían llegado á Ratisbona en 29 y 30 de julio, cuando ya estaba resuelta la desgracia de Waldstein. Richelieu había nombrado al P. José adjunto de Brulart de León, embajador titular y ya conocido por sus misiones en Suiza: «Es opinión corriente, escribía otro capuchino, el P. Ignacio, que cuando Richelieu quiere jugar alguna buena (por no decir alguna mala) pasada, se sirve siempre de personas piadosas y devotas.»

Y el P. José pertenecía á esta clase de personas. Richelieu les había encargado á él y á Brulart que arreglaran directamente con el emperador aquel asunto de la sucesión de Mantua que en aquella sazón se negociaba en Italia sin ningún resultado. Allí sus representantes tenían que tratar con el duque de Saboya, con el jefe de los imperiales, Colalto, que ocupaba Mantua, y con el general español Espínola, que tenía puesto sitio á Casale. ¿Sería tal vez más fácil entenderse con el emperador? El P. José y Brulart habían de convencer á éste de las intenciones pacíficas del rey de Francia, y Brulart tenía un poder ilimitado para hacer la paz de Italia, aunque sin especificar que fuese para esta paz solamente (1).

El emperador se sentiría quizás halagado por este paso, y como la cuestión de Mantua únicamente interesaba su amor propio, se prestaría de buen grado á un arreglo. Pero también podía temerse el conseguir demasiado éxito porque quién sabe si Fernando propondría arreglar á la vez todas las dificultades de los dos países, en la Lorena y en los Tres Obispos, y firmar una alianza. Los embajadores, en este caso, debían declinar este proyecto de paz general. «...Si se firma una buena paz entre el emperador y Francia sobre el asunto de Italia, escribía Richelieu al P. José (24 de agosto de 1630), el rey interpondrá gustoso su mediación cerca del rey de Suecia... Pero es preciso guardarse muy mucho de consignar nada de esto en el tratado.» También procurarán los embajadores obtener la evacuación de Vic y de Moyenvic.

De modo que Richelieu quería atar las manos al emperador y tenerlas él libres, es decir, tenía prisa por asegurar Mantua, Venecia y á los grisonos contra los ataques de los ejércitos imperiales, á fin de poder obrar en otras partes; pero este cálculo era fácil de adivinar, así es que los consejeros del emperador sólo consintieron en firmar una paz general y una alianza.

El P. José y Brulart estaban perplejos. La paz general con el emperador entrañaba el peligro de enfriar á los venecianos y de disgustar de la alianza francesa á

(1) Véase la carta de Richelieu á Ezechieli (el P. José) y su instrucción á Brulart. (Avenel, III, págs. 877 y 882.)

los holandeses y suecos; pero, por otra parte, los representantes de Richelieu no debían dejar creer á los Electores católicos, que Francia animaba y excitaba bajo mano al rey de Suecia. El P. José, aun confesando la falta de poderes, aseguró que el rey no era contrario «á la conclusión de una paz general;» pero mientras llegaban nuevas instrucciones, ¿no podía arreglarse la cuestión de Mantua?

En el entretanto, Richelieu negociaba la paz de Italia, en Italia misma, con Colalto, jefe de los imperiales, y la insistencia del ministro francés y del legado del papa dió como primer resultado el concertar, en Italia, la tregua de Rivalto (4 de septiembre de 1630).

En Ratisbona continuaban las negociaciones, y los franceses, aunque sin poderes (por lo menos así lo declaraban), aceptaban la paz general para conseguir la paz de Italia antes de que Casale cayera en poder de los españoles que la tenían sitiada, procurando comprometerse lo menos posible, pero no atreviéndose á llegar á un rompimiento. Nuevas instrucciones fechadas en 5 de septiembre no les prohibían en absoluto arreglar otras cuestiones á la par que arreglaban la italiana (2), pero de pronto, cuando más necesitados estaban de una dirección, dejaron de recibir noticias de Richelieu. Mientras Luis XIII se encontraba en Lyon en peligro de muerte (22 á 30 de septiembre), el cardenal tuvo otras preocupaciones, y cuando pudo pensar en los asuntos de Alemania, en 8 de octubre, era demasiado tarde; sus despachos llegaron cuatro días después de haberse firmado el tratado. Brulart y el P. José, que habían esperado dos semanas, sabiendo el peligro en que se hallaba el rey y queriendo salvar Casale, firmaron el 13 de octubre, si bien haciendo observar aquel día nuevamente á los representantes del emperador que no tenían poderes bastantes y que se exponían á ser desautorizados.

Por el tratado de Ratisbona el rey cristianísimo se obligaba á no ofender «directa ni indirectamente al emperador de los romanos ni al Sacro Imperio,» y á no ayudar «con fuerzas ni consejos» á los enemigos del emperador y del Imperio, con el beneficio de la reciprocidad. El duque de Mantua pedirá perdón por escrito al emperador, quien, «por gracia y clemencia imperial,» le dará seis semanas después la investidura de los ducados de Mantua y de Montferrato; el duque de Saboya recibirá Trino y otras plazas del Montferrato, de un valor de 18.000 escudos de renta, y el duque de Guastalla una renta de 6.000 escudos en tierras; los franceses y los imperiales evacuarán respectivamente los territorios y las plazas que ocupan los unos en el Mantuano y en los Grisonos y los otros en el Montferrato y en el Piamonte. En cuanto á los litigios surgidos sobre los «Obispos y ciudades imperiales de Toul, Metz y Verdún,» el emperador nombrará comisarios para que los examinen. El duque de Lorena, que había efectuado algunos reclutamientos «durante los últimos disturbios,» venía incluido en esta paz.

Cuando Richelieu recibió en Roanne, en 21 de octubre, el texto del tratado, indignóse sobre manera.

(2) «Sería muy á propósito, si fuese posible, escribía Richelieu, no incluir el artículo... obligándonos á ser intermediarios de la paz de Suecia y librarnos del tratado que, habremos hecho con él» (Avenel, III, págs. 899-900.)

«Dispensadme, decía al embajador veneciano Contarini, si no os he visto antes, porque estoy más muerto que vivo. De León y el Capuchino no podían hacerlo peor de lo que lo han hecho... Ya no es posible pensar en entablar negociaciones en Francia, porque ya no hay hombres para esta obra. De León y el Capuchino sólo debían tratar de los asuntos de Italia, y han incluido en ellos los de la Champaña (léase Lorena)... Además de un tratado, han hecho una alianza entre nosotros y el emperador, alianza vergonzosa, perjudicial y molesta para todos nuestros amigos... Quiero, en verdad, retirarme á un claustro y librarme de estos continuos cuidados que para mí son otros tantos disgustos de muerte.»

¿Tenía realmente derecho á dudar de la diplomacia francesa? Las instrucciones que había dado á sus embajadores eran vagas y hasta contradictorias y únicamente concordaban en lo relativo á la liberación de Casale; en efecto, el 24 de agosto aplazaba, para después de la paz, el arreglo de la cuestión de Vic y Moyenvic; el 6 de octubre escribía á Schomberg que Brulart tenía encargo de incluir Vic y Moyenvic en el tratado; y el 8, en el despacho que llegó demasiado tarde, prohibía á sus representantes «que trataran del asunto de Moyenvic.» En un principio, había rechazado toda alianza con el emperador, y después había consentido en concertar con él «una unión particular que le impidiera á él y al rey ayudar á los enemigos respectivos.» Para complacer á los Electores católicos no tenía reparo en prometer, hasta por escrito si era preciso, negociar la paz con Suecia, pero habría querido que todos estos compromisos se redactaran en términos asaz equívocos para poder interpretarlos según á sus intereses conviniera. Pero los consejeros imperiales no se habían dejado engañar, sino que habían redactado en fórmulas claras y concretas las protestas pacíficas del P. José y las intenciones declaradas de su gobierno; y este hecho de haber sido desenmascarado era lo que irritaba á Richelieu hasta la desesperación.

Estuvo vacilando entre aceptar ó anular el tratado, pero al fin resolvió admitirlo, si bien corrigiéndolo, y Brulart de León y el P. José recibieron orden de no moverse de Ratisbona para proponer al emperador las enmiendas al mismo. Fernando II no estaba dispuesto á relevar de su palabra á Richelieu cuando Gustavo Adolfo era dueño de Stettin y acampaba en el Mecklemburgo. La dieta de Ratisbona no le había sido favorable ni á él ni á su casa, pues los Electores, de quienes esperaba que se declararían contra los holandeses que habían invadido el país de Cléveris, habían contestado que, en su concepto, debía aceptarse el ofrecimiento de aquéllos de evacuar los territorios imperiales si los españoles hacían otro tanto. El emperador había reducido el ejército imperial á 40.000 hombres, confiando el mando de este ejército á Tilly, el general de la Liga católica, y destituyendo á Waldstein; y á pesar de esto, la Liga había persistido en sostener un ejército particular. Fernando II esperaba, á lo menos, que á cambio de tantas concesiones la Dieta Electoral nombraría á su hijo rey de los romanos; pero los Electores protestantes habían declarado su oposición y el P. José había, según parece, intrigado hábilmente cerca de los católicos. «El capuchino, parece

que dijo Fernando, me ha desarmado con su escapulario y se ha metido en la capucha seis gorros electorales.»

Richelieu, por su parte, procuraba la modificación del tratado de Ratisbona, y á este objeto ordenó á Brulart que acompañase al emperador á Viena y envió á Italia á Servien, consejero de Estado y primer presidente del parlamento de Burdeos, con encargo de negociar, en unión del mariscal de La Force, una paz definitiva de Italia en Italia, sin «hacer nada que signifique ratificación del tratado de Ratisbona» y sin «hacer nada tampoco que rompa la paz y pueda promover nuevamente la guerra.» Estos dos emisarios se encontraron en Cherasco con el barón de Gallas, comisario general del emperador y del duque de Saboya, con el nuncio Pancirole y el señor Mazarino, «el más digno y hábil ministro,» escribía Servien, de que podía servirse Su Santidad. España no envió ningún delegado, por lo mismo que no había intervenido en el tratado de Ratisbona; pero Gallas se comprometió en su nombre á «cumplir todo cuanto se conviniera.» El día 6 de abril de 1631, firmóse en Cherasco un tratado que ponía al duque de Nevers inmediatamente en posesión del Mantuano y del Montferrato y fijaba las fechas en que los franceses saldrían del Piamonte y los imperiales de la Valtelina y de los Grisonos; pero no habiéndose otorgado á tiempo la investidura, los beligerantes permanecieron en Italia y fué preciso discutir un nuevo tratado que se firmó en 19 de junio.

Richelieu, sin embargo, negociaba con el duque de Saboya, Víctor Amadeo, sucesor de Carlos Manuel. En sus Memorias acusa á los españoles y á los imperiales de haber violado el tratado en muchos puntos y quisiera hacer creer que se entendió directamente con Víctor Amadeo para no ser sorprendido; pero estas medidas de precaución fueron adoptadas (Richelieu se guarda bien de decirlo) antes del tratado de 6 de abril, cuyo cumplimiento, según él, habían de asegurar. El día 31 de marzo, seis días antes del primer tratado de Cherasco, el duque de Saboya firmaba dos tratados secretos, uno que establecía entre Francia y Saboya una alianza ofensiva y defensiva y le aseguraba á él la ciudad de Trino y las demás tierras del Montferrato que le habían sido cedidas por el tratado de Ratisbona; y otro que cedía á perpetuidad al rey de Francia, para que pudiera preservar á Italia de toda opresión, Pignerol y el valle de Perusa con sus territorios, «no obstante cualquier tratado hecho ó por hacer.» El agente del papa, Mazarino, había sido el principal mediador de este acuerdo, por el cual el duque de Saboya perdía su situación privilegiada de portero de los Alpes; el papa Urbano VIII no veía otro medio de disputar la Italia á España que introducir en ella á Francia, de manera que trabajaba para Richelieu.

Seguros ya de quedarse en Pignerol, los franceses se comprometieron cínicamente, en 6 de abril, á salir de ella, y cuando llegó el momento oportuno representaron una comedia. El 21 de septiembre, la guarnición evacuó la plaza, pero dejando gran número de soldados escondidos en las casamatas. Servien fué á la corte de Saboya á quejarse de que el emperador, España y el mismo duque violaban el tratado de Cherasco, y pidió dos plazas de seguridad; Víctor Amadeo reunió su

Consejo, comunicó al gobernador de Milán las exigencias de Francia, y comprobó que la resistencia era imposible. Mazarino volvió á mediar é hizo firmar al duque, en Mirafiori, en 19 de octubre, un tratado destinado á la publicidad, por el que se cedían á Francia por seis meses Pignerol y el valle de Perusa, con facultad de prolongar el depósito si las necesidades lo exigían; pero un artículo secreto decía que estas estipulaciones no tenían otro objeto que disimular los arreglos territoriales convenidos en 31 de marzo. En efecto, el día 6 de julio de 1632, siempre bajo los auspicios de Mazarino, firmóse en Turín un documento secreto que declaraba perpetua la cesión de Pignerol, daba Alba á la Saboya y obligaba á Luis XIII á pagar al duque de Mantua, á quien Alba pertenecía, una indemnización de 494.000 escudos.

Francia volvía á establecerse allende los montes, se aseguraba una entrada para intervenir, en el momento oportuno, en la península, y se ponía al alcance de su clientela italiana. Por esto el *Mercure François* (probablemente el mismo Richelieu) termina con frases entusiastas el relato de los asuntos de Mantua: «Así se ha disipado esa gran tormenta que parecía amenazar á toda la tierra y tenía trazas de arrebatar á Francia sus flores de lis, á Mantua sus fortalezas, á Italia sus franquicias, á la nobleza francesa su gloria y á Europa entera su libertad. Así han entrado y salido los alemanes y los españoles de Italia, con más oprobio que provecho.»

V.—Acción paralela de Francia y de Suecia

Los acontecimientos de Alemania obligaban á los españoles á dejar hacer á los suecos.

La ocupación de la plaza fuerte de Stettin (20 de julio de 1630) había dado un punto de apoyo á Gustavo Adolfo, quien impuso su alianza al duque de Pomerania, Bogislao XIV, y prometió su apoyo á los duques de Mecklemburgo. Sus soldados, acostumbrados al clima rudo de Suecia, continuaron la guerra durante el invierno de 1630 y destruyeron el ejército imperial que mandaba Conti. En enero de 1631, Gustavo ocupaba toda la Pomerania, excepto Greifswald y Kolberg, tenía ya el aire de conquistador y podía, sin humillación, recibir los subsidios de Luis XIII; así es que en 23 del mes citado firmó en Bärwald con Charnacé un tratado por el que se obligaba, mediante un millón de libras al año, á tener en Alemania durante cinco años 30.000 infantes y 6.000 jinetes, á mantener el culto católico en todos los lugares que ocupara y á respetar, á cambio de reciprocidad, la neutralidad de la Liga católica.

Richelieu quería preservar al catolicismo de la agresión que él mismo fomentaba contra la casa de Austria, y trataba de reconciliar á los protestantes y á los católicos alemanes y de unirlos con el rey de Suecia; pero las ciudades, los príncipes y los electores, luteranos y calvinistas, reunidos en Leipzig (febrero á abril de 1631), y los miembros de la Liga católica congregados en Dunkelsbuhl (mayo á junio de 1631) pedían los unos la revocación y los otros el mantenimiento del Edicto de restitución. Era, pues, imposible el acuerdo entre los alemanes.

La fuerza de las circunstancias aproximó los protestantes á los suecos. Para socorrer Magdeburgo, sitiada por Tilly (noviembre de 1630 á mayo de 1631), Gustavo Adolfo había tenido que penetrar violentamente en el Brandeburgo, pero después de la toma y saco de la ciudad obtuvo del Elector el derecho de hacer pasar sus tropas por Custrin. Bernardo de Sajonia Weimar, de la rama Ernestina, se declaró en favor suyo y alistó tres regimientos; el landgrave de Hesse-Cassel le autorizó para guardar sus plazas fuertes (22 de agosto de 1631), y el mismo Elector de Sajonia, al ver que Tilly le intimaba para que depusiera las armas, llamó en su auxilio al rey de Suecia y juntó al de éste su propio ejército (5 de septiembre de 1631). En 17 de septiembre, 47.000 suecos y sajones encontraron en Breitenfeld, cerca de Leipzig, el ejército de Tilly, casi igual en número al suyo; y aunque los sajones fueron derrotados, los suecos ganaron la batalla, matando á los imperiales de 10 á 12.000 hombres y haciéndoles 7.000 prisioneros. A Tilly no le quedaron más que 8.000 infantes y 5.000 jinetes, la mayoría de ellos sin armas.

El vencedor podía marchar directamente sobre Viena é imponer al emperador la revocación del Edicto de restitución; pero de haber obrado así, una vez firmada la paz, los protestantes, le habrían creído suficientemente pagado con las gracias y con algún dinero y, en caso de haber él reclamado, se habrían unido con los católicos para obligarle á volver á Suecia. Únicamente la guerra le brindaba gloria y provecho; por esto, dejando al Elector de Sajonia el cuidado de ocupar la Silesia y la Bohemia, encaminóse hacia el Rhin, el fértil y risueño país de los Electorados y de los principados eclesiásticos, en donde debía parecerle más fácil ponerse en el puesto de soberanos vitalicios y más agradable vivir á costa de las poblaciones católicas. El 15 de octubre entró en Wurzburg, sede de uno de los más ricos obispados de Alemania, y á poco obligó á los ciudadanos de Francfort en el Mein á aliarse con él, entró en tratos con el landgrave de Hesse-Darmstadt, hizo capitular á la guarnición española que el Elector de Maguncia había llamado á su capital (23 de diciembre), y se apoderó de Espira, Worms y Mannheim (8 de enero de 1632).

Durante el invierno que pasó en Maguncia y en Francfort con la reina y el canciller Oxenstiern, Gustavo Adolfo tuvo una verdadera corte á la que acudieron los príncipes alemanes, los embajadores de Francia y de Inglaterra y los agentes de los príncipes católicos. El rey de Suecia era dueño de Alemania, y aunque á nadie descubrió el secreto de su ambición, se adivina que ésta era inmensa, proponiéndose conservar sus conquistas en el Rhin, dominar el río y dar la mano á los holandeses que habían avanzado hasta Cléveris y Juliers. Acababa de crear un ducado de Franconia con los territorios del obispado de Wurzburg y había hecho prestar á los habitantes del país juramento de que le obedecerían á él y á sus sucesores hasta que hubiese establecido otra organización; y rechazaba con amenazas á la exigencia de Melchor de l'Isle, agente francés, de que evacuara Maguncia, en la orilla izquierda del Rhin. Cuando el emperador le hizo pedir la paz, puso por condición que había de ser elegido rey de los Ro-

manos. ¡Quién sabe si soñó con un Imperio protestante con la Alemania del Norte por apoyo (1)!

La aparición de Gustavo Adolfo en el Rhin había impresionado al rey de Francia que hacía poco había penetrado en Lorena para tener á raya á Carlos IV que se había juntado con Tilly. Los dos aliados sólo estaban separados por los Vosgos y la Alsacia, y el rey de Suecia quiso meter á Luis XIII «en el ataque de Bourgoigne (Franco-Condado), Luxemburgo, Flandes ó Alsacia.»

Richelieu sintióse al pronto tentado y en el Consejo de 6 de enero de 1632 se trató de atacar Hagenau y Saverne; pero el P. José combatió esta política belicosa, y el Cardenal, después de una noche de insomnio, adhirióse á su opinión. Sorprenderá tal vez que no aprovechara aquella coyuntura para llevar las fronteras de Francia hasta los límites de la antigua Galia; si no lo hizo, no fué por falta de recursos ni de valor, sino por escrúpulos religiosos.

Richelieu no es solamente un político; es también un creyente. Los pasajes de sus Memorias y de la *Sis-cinta Narración* en que se defiende de haber querido favorecer á los protestantes, son numerosos, y en ellos, por ejemplo, habla de la guerra de Treinta años como de una conjuración de la herejía que, por la voluntad de Dios, se volvió contra ella misma, y expresa su esperanza de aquel siglo presenciara el fin del error. Pero era francés al par que católico y veía claramente que la derrota de los protestantes alemanes sería también el triunfo de la Casa de Austria, y en este sentido, dejando á Dios el cuidado de adelantar ó retrasar la hora del triunfo de la Verdad, trabajaba para mantener el honor del rey y del reino más noble del universo. Mas no por esto quería sacrificar la religión, puesto que creía poder asegurar á la vez el porvenir de Francia y el del catolicismo y se obstinó cuanto tiempo pudo en conciliar estos intereses contradictorios, aceptando las alianzas protestantes, que le desagradaban, pensando en servirse del rey de Suecia para restablecer el catolicismo en las ciudades alemanas en donde estaba prohibido, y, en todo caso, imponiéndole la obligación de conservarlo donde aún se practicaba. En fin, quería arruinar á los Habsburgo y salvar á la Iglesia.

Del deseo de ver realizado este doble plan nacen las contradicciones aparentes, las declaraciones equívocas y las intenciones ocultas de la diplomacia francesa. Pero el ofrecimiento de Suecia obligaba á abrazar francamente la causa contraria al catolicismo, abandonando á Suecia los Electores eclesiásticos, la Liga católica y Baviera, para adquirir la Alsacia, el Franco-Condado y acaso la orilla izquierda del Rhin. El precio era importante, y conociendo la ambición y el patriotismo de Richelieu, fácil es imaginarse la lucha que en su ánimo hubieron de sostener la idea de religión y la de patria. Salváronse, sin embargo, el catolicismo y el Sacro Imperio; la política del P. José fué la que prevaleció (2), y la guerra, que habría podido terminar con un

(1) Richelieu, *Mémoires*, VIII, pág. 76, dice que Gustavo Adolfo se decidió á intervenir en Alemania pensando que «si Dios bendecía su plan, el imperio romano sería el glorioso premio de su victoria.»

(2) Richelieu, *Mémoires*, VIII, pág. 76, dice que Gustavo VIII, pág. 364-367, las cuatro soluciones firmes que el Cardenal expone al rey y el compromiso que le sugiere.

golpe efectista, se eternizó para ruina de los pueblos y para gloria de los ejércitos y de los diplomáticos.

Reanudáronse, pues, las negociaciones para un tratado de neutralidad entre la Liga católica y Suecia, con la intención de sacar un buen provecho del servicio prestado. Sólo en último extremo había podido resolverse Maximiliano á firmar un proyecto de tratado (14 de diciembre de 1631) y aun pedía al rey de Suecia que evacuara inmediatamente los territorios del Rhin; Gustavo, á su vez, pidió que el duque de Baviera y los miembros de la Liga católica restituyeran á los príncipes y á los Estados protestantes todo lo que les habían usurpado y ocupado desde el año 1618. En cambio, el rey de Suecia y sus confederados conservarían sus conquistas, á saber, Maguncia, Wurzburg y hasta Bamberg, que entonces iba á atacar, y sólo restituiría al duque de Baviera el Bajo Palatinado, á excepción de Espira. Maximiliano, desesperado, volvió de nuevo los ojos al emperador y ordenó á Tilly que arrojara al general sueco Horn, que acababa de apoderarse de Bamberg (12 de febrero de 1631).

Había príncipes, eclesiásticos inclusive, menos heroicos. El Elector de Tréveris, para escapar de los suecos, se puso y puso sus Estados bajo la protección de Luis XIII (9 de abril de 1632), justificando este recurso á un soberano extranjero por la imposibilidad de defenderle en que se hallaban el emperador y el rey de España; y al propio tiempo ordenó á todos sus súbditos y «fieles» que reconocieran como su «señor auxiliar» al serenísimo rey de Francia Luis.

Francia rechazaba el ofrecimiento de la Alsacia que le hacía Gustavo Adolfo, pero no autorizaba á éste para que se la quedara para sí. Trabajaba para asegurarse los caminos y pasos del Rhin, y se había hecho ceder por el Elector de Tréveris el derecho de tener una guarnición en Ehrenbreitstein, enfrente de Coblenza, y en Philippsburgo, en la orilla derecha de aquel río. Mucho le habría también convenido la plaza de Dinán, perteneciente al obispado de Lieja, á causa de su ciudadela; pero ¿guerría el Elector de Colonia, obispo de Lieja, confiarla al rey como precio de su protección? A los agentes franceses se les recomendaba sobre todo que trataran la cuestión de las plazas de «un modo tan delicado que parezca que el rey no las solicita en manera alguna,» y que sean los mismos Electores los que se las ofrezcan.

Los franceses se instalaban en Lorena: el tratado de Vic (6 de enero de 1632) les había dado la plaza fuerte de Marsal; el tratado de Liverdún (26 de junio) las de Stenay y Jametz y, mediante el pago de una cantidad, la de Clermont; y ahora acechaban la de Nancy.

Gustavo Adolfo, en el entretanto, habíase dirigido contra Maximiliano, y después de haber atravesado el Danubio, forzó el paso del Lech, defendido por Tilly (15 de abril de 1632), y devastó la Baviera. Saint-Etienne, residente francés en Munich, fué á encontrarle en su campamento, delante de Ingolstadt, y le pidió gracia para el duque; pero el rey respondió que Maximiliano era su enemigo y le había provocado. Saint-Etienne le amenazó declarando que su soberano, el rey de Francia, acudiría con 40.000 hombres en auxilio del Elector; á lo que Gustavo contestó que estaba mejor enterado de las intenciones de Luis XIII que su pro-